

ARTÍCULOS

Bibliotecas

Las revistas literarias de la Biblioteca del Instituto Cervantes en Nueva York

RAMÓN ABAD HIRALDO

PRESENTACIÓN

De las colecciones de la biblioteca del Instituto Cervantes de Nueva York, tal vez sea la colección de revistas la que encierra una mayor riqueza para el investigador y el bibliófilo. Casi un siglo de creación literaria, en una y otra orilla del Atlántico, queda reflejado en esta colección modesta en su tamaño, pero cargada de nombres que han constituido los movimientos y momentos más creativos de las literaturas hispánicas del siglo XX: el 98, las vanguardias literarias, los autores del *boom*, el exilio español en América... Todos ellos están presentes como editores, autores y colaboradores de estas publicaciones, algunas casi olvidadas.

El autor del texto, José María Conget, escritor, ha sido hasta hace poco tiempo Jefe de Actividades Culturales del Instituto Cervantes de Nueva York, y a él se le debe, entre otras cosas, la formación de las dos colecciones funda-

mentales de la biblioteca del dicho centro: la colección de literatura y la de cine. Su conocimiento profundo y casi enciclopédico de dichas materias y su labor constante y eficaz consiguieron en muy pocos años crear de la nada y con limitadísimos recursos una colección única y coherente, que llena un espacio antes vacío en el mundo de las bibliotecas de investigación estadounidenses y que incluso puede hacer alarde de algunos títulos hoy por hoy inencontrables en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Con su estilo consumado y ameno, José María ofrece un panorama histórico de las revistas literarias más importantes de la España y la América Hispánica del siglo XX a través de la colección de la biblioteca del Instituto en Nueva York.

Como podrá observarse, salvo excepciones, se excluyen aquellas revistas de carácter académico, ya que el Instituto Cervantes de Nueva York se centra en las publicaciones de creación literaria y no en las de historia y crítica.

Aunque sin citas completas de las revistas ni notas explicativas, el artículo tiene un interés bibliográfico notable y puede alumbrar y servir de pauta a los bibliotecarios inmersos en el mundo literario hispánico contemporáneo.

LAS REVISTAS LITERARIAS DE LA BIBLIOTECA DEL INSTITUTO CERVANTES EN NUEVA YORK

Señalar el significativo lugar que en el mundo literario y cultural de los países de habla española han ocupado a lo largo de este siglo algunas publicaciones periódicas, sin duda equivale a subrayar una obviedad. Basta recordar nombres míticos como *Revista de Occidente*, *Litoral* y *Hora de España* entre los peninsulares anteriores a 1940, o *El cojo ilustrado*, *Sur* y *Cuadernos americanos* entre los latinoamericanos, o aquellos que surgen fundamentalmente del esfuerzo de los exiliados republicanos españoles en América, como *Romance*, *Ibérica* y *Realidad*, para calibrar la necesidad del conocimiento de estos títulos y tantos otros en cualquier estudio mínimamente riguroso de la cultura hispánica moderna. Aunque la Biblioteca del Instituto Cervantes de Nueva York es todavía muy joven, su sección de hemeroteca reúne alrededor de 500 colecciones distintas de revistas que ofrecen amplia oportunidad de seguir la evolución intelectual de los pueblos hispanohablantes en los últimos cien años. Sin ánimo exhaustivo, estas páginas pretenden destacar algunas de las más valiosas e importantes de esas revistas con el fin de que no pasen desapercibidas al investigador, al crítico o al curioso.

ESPAÑA

La generación del naturalismo español está representada por *La ilustración ibérica* (1883-1885), en cuyas páginas eran familiares las firmas de Clarín, Pardo Bazán y Palacio Valdés, así como la de un adolescente Blasco Ibáñez,

entre los narradores, y las de Campoamor, Zorrilla y Manuel del Palacio entre los poetas. *Revista nueva* y *Alma española* recogen a noventayochistas y modernistas; el índice de la primera, creada y dirigida por Ruiz Contreras en 1899, incluye, junto a muchos otros, a Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu, Valle-Inclán, Villaespesa, Benavente, los hispanoamericanos Darío, Lugones y Nervo, algunos de los que serían autores habituales de la novela corta —Trigo, Zozaya, Insúa— y trabajos aislados de novelistas de la generación anterior, como Pereda o Galdós. El famoso artículo de este último, «Soñemos, alma, soñemos», cubre la portada del primer número de *Alma española* (1903-1904), de inicial espíritu krausista, que, bajo la dirección en la sombra de Azorín, evolucionará hacia un anarquismo anticlerical; los nombres de los escritores mencionados en relación con *Revista Nueva*, más los hermanos Machado, Martínez Sierra y, a partir del número 7 y 16 respectivamente, Pérez de Ayala y Juan Ramón Jiménez, destacan en una amplia nómina de colaboradores entre los que no hay que olvidara a humoristas, caricaturistas e ilustradores gráficos notables. El modernismo prevalece, ya desde el título, tan emblemático, en la zaragozana *Azul* (1907-1908), surgida del entusiasmo de Eduardo de Ory por la nueva poesía hispanoamericana y con la participación de Salvador Rueda, Zamacois, Andrés González Blanco, Colombine y varios talentos locales.

Las publicaciones de los años veinte se inician con *La pluma* (1920-1923), dirigida por Azaña y Rivas Cherif, donde se acogen a los miembros más destacados de tres generaciones, ya que junto a Valle-Inclán y Unamuno, Pérez de Ayala y Gómez de la Serna, encontramos poemas de Jorge Guillén, Doménchina y un primerizo García Lorca. El ultraísmo tuvo en la publicación asturiana *Ultra* (1921-1922) su más importante bastión; sin director fijo —aunque muy marcada por la personalidad de algunos miembros de su equipo como Cansinos Asséns, Guillermo de Torre y los hermanos Rivas Panedas— la revista ofrece un diseño gráfico espectacular con ilustraciones de Norah Borges y Barradas; señalemos también la juvenil presencia de Jorge Luis Borges. Con abundantes elementos de la anterior, en 1922 surge *Horizonte*, a cargo de Pedro Garfias, con defensa explícita de lo experimental en las artes y las letras. Identificada con las preocupaciones culturales de su fundador, Ortega y Gasset, la *Revista de Occidente* (1923-1936) fue para muchos sinónimo de europeísmo, modernidad y vitalismo; sus páginas dieron cabida tanto a la creación literaria como al ensayo filosófico y científico, apoyaron a las vanguardias y publicaron a los poetas del 27 y a sus coetáneos narradores y ensayistas (Jarnés, Ayala, Zambrano y un largo e impresionante etcétera). *Residencia* (1926-1934), por su parte, se asocia a la personalidad de Alberto Jiménez Fraud que la creó como una extensión de las actividades de la famosa Residencia de estudiantes en «la colina de los chopos» que Juan Ramón inmortalizaría; las novedades científicas y la atención a viajes y exploraciones la distinguen de otras revistas de la época. Mucho más afín a los diversos ismos artísticos, y con especial dedicación al cine y a la música, *La Gaceta literaria* de Giménez Caballero

(1927-1932) giró en sus últimos números hacia posturas simpatizantes con el fascismo; pero antes de que hiciera de la Falange su opción política —en la que coincidió con un pequeño grupo de colaboradores, como Ramiro Ledesma Ramos o Eugenio Montes—, en la *Gaceta* publicaron prácticamente todos los poetas del 27 y muchos de sus narradores (citemos a Espina, Arconada, Jarnés o Sánchez Barbudo), aparte de Dalí y Buñuel. El propio Giménez Caballero, y curiosamente varios miembros de la generación del 98 —Antonio Machado, Baroja y Unamuno—, contribuyeron en la segoviana *Manantial* (1928-1929), de Álvarez Cerón y Julián M^a Otero. Mencionemos, a título de rareza, entre la influencia del modernismo y la de las vanguardias, *Ambos* (1923), la aventura juvenil de Hinojosa y Altolaguirre, con el asesoramiento de Prados, que duró cuatro números y se singulariza por ofrecer los primeros escritos éditos de Altolaguirre.

De carácter casi exclusivamente poético *Carmen y Lola* (1927-28), de Gerardo Diego, agruparon los nombres mayores y menores del grupo del 27, lo mismo que la malagueña *Litoral* (1926-29) de Prados y Altolaguirre y, ya en la década siguiente, *Poesía* (1930-31), *Héroe* (1932) y, publicada en Londres, con versiones bilingües de poetas españoles y británicos, *1616* (1934-35), las tres editadas también por Manuel Altolaguirre; menos conocidas, la onubense *Papeles de alehuyas* (1927-1928), de Fernando Villalón, Adriano del Valle y Rogelio Buendía, y la efímera *Literatura* (1934) del aragonés Ildelfonso Manuel Gil y Ricardo Gullón; en fin, la nerudiana *Caballo verde para la poesía* (1935-1936) defendía posiciones literarias comprometidas con la realidad política y social de la época; mientras que los dos únicos números de *Hojas de poesía*, que aparecieron en Sevilla en 1935, acogieron versos de Villalón, Laffón, Sánchez Mejías, Garfias, y prosas de Gómez de la Serna y Jarnés.

Dedicó especial atención a las partes plásticas, con una tácita inclinación al surrealismo, la *Gaceta de arte* (1932-36) que Eduardo Westerdhal editaba en Canarias. Aragonesa fue *Noreste* (1932-1936), dirigida por el poeta Seral y Casas que consiguió inéditos de gran parte de los líricos contemporáneos y prosas de sus paisanos Buñuel y Sender. Receptiva a la realidad contemporánea, con predominio del ensayo (aunque publicó textos dramáticos completos de Gómez de la Serna y Miguel Hernández), *Cruz y raya* (1933-1936), creada por José Bergamín, defendía un europeísmo cultural desde el peculiar catolicismo de izquierdas de su director. Las vanguardias estuvieron representadas en Canarias por los números únicos de *Cartones* (1930) e *Índice* (1935), esta última con marcada inclinación política hacia el socialismo. Con declarada vocación revolucionaria, y muy unida a la política del Partido Comunista español, *Octubre* (1933-1934) reunió a escritores que, como sus directores, Rafael Alberti y María Teresa León, pertenecían en ese momento al partido o eran compañeros de viaje: Cernuda, Arderius, Gil-Albert, Arconada, el cubano Carpentier, el cineasta Juan Piqueras, etc. *Nueva Cultura* (1935-1937), que se editaba en Valencia y prolongó su existencia hasta bien entrada la guerra civil, ofrece unas características muy similares a la anterior y, desde luego, la

misma orientación política; su fundador y responsable, al menos durante su primer año de existencia, fue el pintor y escritor Josep Renau que contó entre sus colaboradores, además de los habituales de *Octubre*, a Max Aub, Sánchez Barbudo, Sender y otros; sobresale igualmente un espléndido material fotográfico. De signo estrictamente opuesto, sin valor cultural pero relevante como documento histórico, la revista *F. E.* (1933-1934) constituyó una defensa abierta del fascismo internacional y de Falange española; sus artículos, salvo alguno aislado de Giménez Caballero y Sánchez Mazas, aparecían sin firma. Con vocación iberoamericana, alto nivel intelectual y dedicación exclusiva al ensayo nació *Tierra firme* (1935) que, dirigida por Díez-Canedo, contó con el esfuerzo de Américo Castro, Luis de Zulueta, los hispanoamericanos Basadre y Ángel Rosemblat, y otros.

Aunque una guerra civil no crea una atmósfera propicia para las revistas culturales, surgieron varias durante la contienda y alguna, aunque teñida inevitablemente de la ideología del bando donde se publicaba, de excelente calidad. Rafael Alberti fue el impulsor de *El mono azul* (1936-1939) y su firma más frecuente junto a la de María Teresa León, Prados y Bergamín. En Valencia nació *Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura* (1937-1938), con solo tres salidas en tamaño 4.º mayor y un conjunto de casi quinientas páginas en las que aparecen hombres de ciencia, pedagogos y gentes de letras como Moreno Villa, Machado y Tomás Navarro Tomás; la dirigió Díez-Canedo en los dos primeros números y María Zambrano elaboró el tercero. También valenciana, y sin duda la más prestigiosa de las revistas republicanas durante este período, *Hora de España* (1937-1938) resulta de la entrega de Sánchez Barbudo, Gil-Albert, Dieste y Ramón Gaya, que ilustraba sus páginas con viñetas; impresiona repasar su índice que cuenta con casi toda la producción bélica de Machado y textos de la plana mayor de los intelectuales y artistas republicanos (Gaos, Altolaguirre, Bergamín, Halfter, Cernuda, Corpus Barga, Miguel Hernández, Herrera Petere, Xirau, León Felipe, Carles Riba y un etcétera que incluye nombres mayores de las letras latinoamericanas y queda justificado ante la imposibilidad de enumerar aquí todos sus colaboradores). A las anteriores publicaciones habría que añadir tres diarios: *Milicia popular. Diario del Quinto regimiento* (1936-1937) que aparecía en Madrid con decidida vocación de propaganda bélica, y las dos ediciones del *ABC*, la republicana y la nacional.

La presencia de los exiliados republicanos en el mundo cultural, académico, editorial y periodístico latinoamericano fue tan conspicua y decisiva que no es factible separar sus iniciativas de las que brotaron de instituciones o intelectuales de los países de acogida. En el campo de las revistas se produce de igual manera la inserción activa de los españoles en proyectos propios y ajenos; mencionaremos de momento sólo aquellas publicaciones asociadas de forma inequívoca, y a menudo exclusiva, al exilio español. *Nuestra España* (1939-1941) fue tal vez la pionera; eminentemente política, con mirada atenta y crítica a los acontecimientos mundiales y al destino de los perdedores de la guerra, tanto en las cárceles franquistas como en el exilio, la editó Álvaro de

Albornoz en Cuba. En México Sánchez Barbudo y Lorenzo Varela quisieron retomar el impulso de *Hora de España* con la creación de *Romance* (1940-1941), sin otra ideología aparente que el natural anti-fascismo y un equipo de redacción que fue recogiendo los supervivientes de la publicación valenciana más unos cuantos ilustres autores latinoamericanos, especialmente de México (Alfonso Reyes, Villaurrutia, Salvador Novo, Cardoza y Aragón, etc.). Bergamín, José Carner y Larrea presidían la Junta de Cultura Española que lanzó en México *España peregrina* (1940-41) donde se publicó por primera vez el célebre poema «España, aparta de mí este cáliz» de César Vallejo, e inéditos de Lorca y Machado. También mexicano fue el intento de resurrección de *Litoral*, por parte de su antiguo editor Altolaguirre junto con Moreno Villa, Prados, Rejano y Giner de los Ríos; el nuevo *Litoral* (1944) sólo duró dos números más uno especial en homenaje a Díez Canedo. Todavía de más breve duración (nunca pasó de la primera entrega) fue *Ultramar* (1947), el último intento de una revista que representara la cultura de los exiliados en México en un momento especialmente difícil para ellos —se había perdido definitivamente la esperanza de que los vencedores de la Segunda Guerra Mundial acabaran con el franquismo; de presentación gráfica muy similar a *Romance*, y dirigida por Juan Rejano, incorporaba en su sumario, junto a los españoles habituales, y los no tan frecuentes Rafael Altamira y el musicólogo Adolfo Salazar, los nombres de los mexicanos González Martínez, Abreu Gómez y Alfonso Reyes. Mención aparte merece *Ibérica* (1953-1974), de la que el Instituto Cervantes posee una de las muy escasas colecciones completas; dirigida por Victoria Kent en Estados Unidos, apareció al principio en inglés, en 1953, como suplemento de la revista *Hemispherica*; un año más tarde se publicó como revista aparte en dos ediciones distintas: en español, bajo el título *Ibérica: por la libertad*, y en inglés, como *Ibérica: For a Free Spain* (esta última terminaría en 1966). *Ibérica* reunió personalidades del exilio, como Sender o Madariaga, y a muchos intelectuales anti-franquistas que vivían en España: Juan Goytisolo, Tuñón de Lara, Tierno Galván, por citar unos pocos. Esta biblioteca conserva asimismo varios años completos, y a todos los últimos de su larga andadura, de *España libre* (1939-1975), editada en Nueva York por un grupo de exiliados de tan constante anti-franquismo como enérgico anti-comunismo; mucho más política que cultural, no eran frecuentes los grandes nombres entre sus redactores pero, con todo, de vez en cuando publicaban en sus páginas intelectuales como Madariaga, Jesús de Galíndez, Granell. En París, «porque no puede editarse todavía en España», y bajo la dirección del novelista proletario Julián Gorkin, aparecen los diez números de *Mañana* (1965), defensora de una solución democrática para lo que contó con las firmas de Tierno Galván, Madariaga y antiguos franquistas como Laín Entralgo y, sobre todo, Dionisio Ridruejo.

La España franquista no se distinguió por la altura estética o intelectual de sus revistas culturales, pero hubo sus excepciones y sería injusto no subrayar la extraordinaria labor de recuperación de exiliados y el esfuerzo por conectar-

se con corrientes europeas que realizó la que, sin duda, fue la más importante, independiente y, a pesar de su necesaria depolitización, audaz dentro de las publicaciones de su género durante los años cuarenta y cincuenta, y que todavía hoy, aunque con escasa distribución, mantiene su cabecera y su periodicidad mensual; nos referimos a *Ínsula* (fundada en 1946), dirigida por Enrique Canito y después por José Luis Cano, que había sido el segundo de a bordo desde su origen. Aunque esta introducción se limita voluntariamente a las revistas desaparecidas, constituiría un despropósito no comentar aquella primera y trascendental época de *Ínsula* que pretendió trazar un puente entre la vida cultural anterior a la guerra civil y la de la menesterosa post-guerra; en este sentido, además de recobrar la colaboración de sobrevivientes de las generaciones de principios de siglo, como Ortega y Azorín, consiguió vencer las naturales reticencias de muchos exiliados, como Juan Ramón Jiménez, Serrano Poncela, María Zambrano, Ayala o el mismo Cernuda, del que publicó en primera página su ensayo «Tres poetas metafísicos»; junto a ellos encontramos a los poetas del 27 que permanecieron en España tras la contienda, como Dámaso Alonso y Aleixandre, y a los ensayistas de la generación posterior, Marías, Aranguren, Laín, Díaz-Plaja. De semejante orientación aunque muy distinto formato, *Clavileño* (1950-1957), editada por la asociación Internacional de Hispanistas, presentaba un Consejo de Redacción en el que figuraban nombres como los de Cela, Caro Baroja, Dámaso Alonso y Fernández Almagro; destaquemos su sección «Páginas del estudiante español» en la que el lector encontraba textos originales de Carmen Laforet, Cela, Zunzunegui, Bousoño, Aldecoa y muchos otros.

Las décadas de los cuarenta y cincuenta fueron fecundas en revistas poéticas que surgían en provincias, se mantenían durante unos pocos números y desaparecían. Algunas se identificaban con determinadas escuelas o grupos literarios y han adquirido con los años un prestigio en consonancia con el individual de sus colaboradores. El caso más emblemático lo ofrece la cordobesa *Cántico* (1947-1949 y 1954-1957) —dirigida por García Baena, Ricardo Molina y Juan Bernier— que sirvió de plataforma al grupo lírico del mismo nombre, ignorado durante esa época y reivindicado a posteriori por la crítica. En Ciudad Real, bajo la responsabilidad de Ángel Crespo, nació *Deucalión* (1951-1953), que incluyó poemas de algunos miembros del 27 como Aleixandre y Diego, pero sobre todo publicó a los poetas españoles que comenzaban entonces su carrera literaria: Quiñones, Celaya, Gloria Fuertes, Nieva, Pinillos, Muelas, e ilustraciones de Saura, Prieto y, en el primer número, Alberti. Tienen interés las zaragozanas *Ambito* (1951), de Manuel Pinillos, *Ansí* (1953-1955), quizá la más ambiciosa entre las aragonesas, con textos de Miguel Labordeta, Derqui y José María Aguirre, fundadores de la publicación, y colaboraciones de los escritores del realismo social, como Sastre, Mercedes Fórmica y Medardo Fraile; *Papageno* (1958-1960), empresa personal del olvidado y pintoresco poeta Julio Antonio Gómez que será también, junto con J. A. Labordeta, uno de los impulsores de *Orejudín* (1958-1959); y ya en los sesenta,

la de más larga duración —9 números—, *Poemas* (1962-1964), de Guillermo Gudel y Luciano Gracia.

La democracia, y la nueva capacidad de inversión económica en empresas culturales por parte de Juntas Autonómicas, Diputaciones y Ayuntamientos, supuso una revitalización de la revista poéticas o de creación literaria en general, con la novedad del magnífico diseño gráfico de todas ellas, que en algunos casos llegaba al lujo. Algunos siguen editándose —*Barcarola* (1979, Albacete), *Turia* (1985, Teruel), *Revista Atlántica* (1991, Cádiz), *Hélice* (1995, Granada), por mencionar unas pocas de las que se pueden encontrar en esta biblioteca—; otras cumplieron ya su ciclo y sus colecciones son un testimonio imprescindible de la efervescencia cultural en provincias durante los primeros años de libertades formales: iniciada todavía durante el franquismo, la santanderina *Peña Labra* (1971-1989), a cargo de Aurelio García Cantalapiedra, se presentaba como unos pliegos independientes recogidos en un cartapacio que hacía las veces de portada; dedicó números monográficos a los poetas del exilio en México, a la producción lírica en diversas ciudades españolas y a grandes nombres de la poesía contemporánea, como José Hierro, Alberti, Carmen Conde, Dámaso Alonso, el chileno Gonzalo Rojas, etc. En Jerez de la Frontera, conducida por Francisco Bejarano y Felipe Benítez Reyes, surge *Fin de siglo* (1982-1987), defensora de una estética concreta, asociada a poetas jóvenes que posteriormente la crítica llamaría «de la experiencia»; fue sustituida en 1989 (con duración hasta 1992) por *Contemporáneos*, de orientación similar a *Fin de siglo* y a cargo exclusivamente de Bejarano. Impulsada por Cobos Wilkins, *Con dados de niebla* (1984-1992) nace en Huelva y cada número ofrece, junto a textos de creación y ensayo, separatas con reproducciones facsímiles de poemas de Neruda, cartas de Unamuno, el expediente carcelario de Miguel Hernández y otras sorpresas; los editores variaban exquisitamente el tipo de papel, la impresión y hasta el tamaño de las páginas de acuerdo al material publicado. *Calle Mayor* (1985-1987) fue un producto logroñés con intereses generosos —dedicó espacio a la lírica griega contemporánea, a los comics, a la olvidada obra poética de Rafael Azcona— y presentó colaboraciones originales de Juaristi, Ramón Irigoyen, Bonet, Julia Castillo y otros. Mencionaremos, por último, *El bosque* (1992-1996), lanzada en Zaragoza por Javier Barreiro y Ramón Acín, que buscó el rescate de raros y olvidados y dedicó secciones fijas al cine, la música y la antropología.

Destacaremos cinco títulos de las revistas de información cultural y política que han desaparecido del mercado en los últimos veinte años. «Una conciencia moral en tiempos de ignominia», «la resistencia intelectual al franquismo» o «la reivindicación de la pluralidad, la democracia y la tolerancia» han sido algunas de las definiciones de *Triunfo* (1962-1982), una de las señas de identidad y parte de la memoria histórica de más de una generación de españoles; de la mano siempre del periodista José Ángel Ezcurra, *Triunfo* congregó a una gran parte de la inteligencia anti-franquista: Vázquez Montalbán, Haro Tecglen, Calvo Serraller, Sastre, Miret Magdalena, Savater, Manuel

Vicent fueron algunos de sus colaboradores habituales. Aprovechó la eliminación de la censura *El viejo topo* (1976-1979), que reunió a teóricos radicales de la filosofía marxista con libertarios y escritores jóvenes apasionados por los movimientos alternativos y contra-culturales; frecuentaron sus páginas Juan Goytisolo, Ana Moix, Savater, Subirats, Claudín, Carlos Trías, Cristina Peri Rossi, Haro Ibars, etc. *Los cuadernos del norte* (1980-1992), subvencionada por la Caja de Ahorros de Asturias y dirigida por Juan Cueto, se convirtió probablemente en la más prestigiosa de las publicaciones periódicas dedicadas a la cultura contemporánea; con secciones especiales dedicadas al jazz, el cine, el pensamiento y la poesía, y la publicación de textos inéditos de conocidos narradores, su índice acoge una deslumbrante nómina de colaboradores tanto de habla española como internacionales. *La luna de Madrid* (1983-1988) permaneció ligada a lo que popularmente se conoció como «la movida madrileña», cuya crónica, en cierta medida, constituye; estuvo atenta al mundo del comic, el rock urbano, el cine independiente y las artes plásticas y la fotografía más provocativas. Vinculada a Ediciones Siruela, *El paseante* (1985-1995), de gran formato y cuidadísima presentación, prestó atención a la literatura y a las artes plásticas, a la cultura peninsular y a la mundial, a la postmodernidad y a la tradición; Juan Benet, Javier Marías, Pere Gimferrer, Luis Alberto de Cuenca se cuentan entre los escritores españoles que publicaron allí sus textos.

Al teatro estuvieron dedicadas *Pípirijaina* (1976-1982) y *El Público* (1983-1990). Dirigió ambas Moisés Pérez Coterillo que dividió la primera publicación en dos cuadernos: uno de información teatral de actualidad, y otro, que llamaba *Textos*, donde publicaba obras dramáticas completas e inéditas de autores contemporáneos (Sastre, Els Joglars, López Mozo, García Pintado, Miguel Murillo, etc.). En cuanto a *El público*, patrocinada por el Ministerio de Cultura, supuso una continuación de la anterior, con el mismo director y parecido equipo de redacción; también editaba la revista unos folletos aparte, llamados *Cuadernos de El público*, sobre temas monográficos como el Teatro Lliure, Dagoll-Dagom, Buero Vallejo, Bergamín, Rivas Cherif, etc.

El humor tiene en *La codorniz* (1941-1977) su título más celebrado hasta los años sesenta; la biblioteca del Instituto Cervantes posee una colección incompleta pero abundante de la década de los cuarenta de esta publicación, cuando la dirigía Mihura y entre sus colaboradores figuraban Fernández Flórez, Neville, Jacinto Miquelarena y los dibujantes Tono, Galindo y Herreros. Sí está completa *El hermano lobo* (1972-1975), igualmente representativa de una época y un tipo de lector que se identificaba con la lucha anti-franquista; heredera de algunos de los grandes dibujantes de *La codorniz* —Chumy-Chúmez, Summers, Gila—, más *El Roto*, *Ops* y los textos de Vázquez Montalbán y Haro Tecglen, pese a su breve presencia en el mercado es un punto de referencia inexcusable para cualquier persona interesada en el humor español moderno.

Aunque escapan a las intenciones de estas líneas, queremos dejar constancia de la existencia en esta biblioteca de facsímiles de periódicos del siglo XIX de cierta importancia, como *El artista* (1835-1836), difusor del romanticismo

español, donde aparecieron los primeros escritos de Patricio de la Escosura, Espronceda, Zorrilla, Pastor Díaz y la Fernán Caballero; o los logroñeses *El patriota riojano* (1822-1823), liberal, y *El zurrón del pobre* (1851-1852) que reflejaba los gustos de una nueva clase media.

De las revistas de otras lenguas del estado español señalaremos *La llumaneira de Nova York* (1874-1881), obra personal del periodista barcelonés Artur Cuyás que, en pleno movimiento de la Renaixença, editó en Nueva York la única revista que en Estados Unidos se haya publicado en catalán; la *Revista de Catalunya* (1924-1926), que acogió los trabajos de Josep Pla, Pompeu Fabra, Prudenci Bertran, Víctor Catalá y el doctor Pi i Sunyer; y la gallega *Grial*, actualmente dirigida por el novelista Carlos Casares y lanzada por la Editorial Galaxia en 1963, que lleva 35 años alerta a todas las manifestaciones de la cultura de Galicia, en especial a las literarias.

HISPANOAMÉRICA

De la rica producción de revistas literarias mexicanas la biblioteca del Instituto Cervantes ofrece una más que notable selección que se abre con tres publicaciones del siglo XIX: *Minerva* (1834), del poeta cubano José María de Heredia, que en sus dos únicas apariciones pretendió «extender el gusto de la lectura, difundir conocimientos útiles y fomentar los progresos de la civilización»; *El Renacimiento* (1869), empresa personal de Ignacio Manuel Altamirano, primera gran revista del país que contó con cerca de cien colaboradores y una pulcrísima impresión, defendió la identidad americana frente a la influencia peninsular y aspiró a la fraternidad de liberales y conservadores en el terreno neutral de la cultura; y *La historia cantante* (1878-1879), semanario antiporfirista que utilizó música de zarzuelas, ilustraciones satíricas, poemas y textos en prosa para opinar muy radicalmente sobre la situación del país.

El poeta Enrique González Martínez lanzó en el pueblo de Mocorito, estado de Sinaloa, la revista *Arte* (1907-1909) que representaba el triunfo del modernismo: Darío, Díaz Mirón, Nervo, Tablada, Jaimes Freyre, Guillermo Valencia, Lugones, Azuela, entre los hispanoamericanos, y Rueda, Villaespesa, Valle-Inclán, Baroja y los Machado entre los españoles, son algunos de los grandes nombres que llenaron los quince números de su existencia. De nuevo González Martínez, esta vez desde la capital, repitió fortuna con *Argos* (1912), mucho más atenta a la crítica política que a la literaria, aunque recogió colaboraciones de Alfonso Reyes, Henríquez Ureña y Nervo, aparte de las del propio director; señalemos una sección dirigida a la mujer y muy tempranos artículos sobre el cine mundial. En 1916 aparecen dos revistas de muy breve vida: *Gladios*, que impulsaban Luis Enrique Erro, Carlos Pellicer, el músico Carlos Chávez y Octavio Barreda, y que sólo vio la luz en dos ocasiones, y *La nave*, que tenía al timón al anglófilo Pablo Martínez del Río y en su única salida ofreció poemas (entre otros, del ubicuo González Martínez) y trabajos de carácter his-

tórico y filosófico, más un curioso «Ensayo de la estética de lo cursi» de Díaz Dufoo. Las postrimerías del modernismo encontraron en *Pegaso* (1917) una importante manifestación; era otro empeño de González Martínez, esta vez con el apoyo de los también poetas Efrén Rebolledo y Ramón López Velarde, triunvirato que durante veinte número mantuvo a flote una revista que ofrecía las firmas de Alfonso Reyes, Tablada, Salomón de la Selva, Nervo y muchos otros, amén de ilustradores de gran prestigio como Saturnino Herrán, y sorprendentes secciones deportivas y cinematográficas. La década se despide con dos revistas juveniles —*San-Ev-Ank* (1918), de tono humorístico y paródico, y *Revista Nueva* (1919)—, editadas por universitarios, y que presentan el interés de que en sus páginas se estrenaron literariamente los que luego formarían al famoso grupo poético de los «Contemporáneos» (Torres Bodet, Gorostiza, Pellicer, González Rojo).

Un nuevo proyecto del inagotable González Martínez nace con los años veinte; en efecto, *México moderno* (1920-1923) es la primera revista literaria surgida después de la revolución y tiene en el famoso poeta a su director y promotor; junto a inéditos en verso y prosa de Vasconcelos, Abreu Gómez, Estrada, Gorostiza, López Velarde, Rafael Heliodoro Valle y Salvador Novo, por citar unos pocos, ofrece secciones de crítica literaria y de arte, y artículos que difunden las novedades estéticas europeas del momento. Estimulada por José Vasconcelos, que alentaría otras publicaciones de carácter político, *El maestro* (1921-1922) estuvo dirigida por Enrique Monteverde y Agustín Loera y Chávez; a las colaboraciones de los futuros «Contemporáneos» hay que sumar la de López Velarde, que publicó en sus páginas el célebre poema «La suave patria», las eventuales de Unamuno, D'Ors y Juan Ramón Jiménez y abundantes traducciones de escritores europeos; *El maestro* —que no rechazó secciones de gastronomía, higiene, agricultura o economía— tuvo una tirada insólita de 75.000 ejemplares y Vasconcelos la aprovechó para difundir las ideas que más tarde traspasaría a sus libros y a sus campañas políticas. A pesar del nombre belicoso, *La falange* (1922-1923) sólo manifestó propósitos literarios; fue el primer esfuerzo editorial de Jaime Torres Bodet que la dirigió en coordinación con Ortiz de Montellano y publicó textos de los escritores, sobre todo poetas, de su generación, y excelentes traducciones de Pound, Amy Lowell, Sandburg, Kipling y otros; son notables las ilustraciones de la portada, cada una por un importante pintor, como Diego Rivera, Covarrubias, Salazar, Best, etc. Con *Antena* (1924) Francisco Monterde pretendía seguir el modelo de Juan Ramón Jiménez en la peninsular *Índice* y, curiosamente, servir de orientación literaria a los primerizos programas de radio; Torri, Gorostiza, Azuela, Owen, Estrada y el español León Felipe se encontraron entre sus redactores. Dedicada de manera exclusiva a las artes plásticas y la arquitectura, apareció *Forma* (1926-1928), de la mano de Fernández Ledesma y Salvador Novo y textos críticos de Villaurrutia; sus páginas reproducían y comentaban las obras de artistas mexicanos, con especial atención a los grandes muralistas, sin descuidar las artes populares e incluso la fotografía (son notables los ensa-

yos dedicados a Tina Modotti y Edward Weston). Sin duda la más justamente célebre de las revistas de la época, por la trascendencia del grupo de poetas y narradores a los que los manuales identifican con el nombre de la publicación, fue *Los contemporáneos* (1928-1931); basta enumerar los nombres de Torres Bodet, quizá su principal impulsor, Villaurrutia, Gorostiza, Pellicer, Ortiz de Montellano, Jorge Cuesta, Owen, Novo, González Rojo y Barreda para calibrar la calidad de una publicación donde también tuvieron cabida Alberti, Borges, Gerardo Diego, Huidobro, Neruda, Jarnés o León Felipe, y las ilustraciones de Miró, Picasso, Dalí, Tamayo, Man Ray y María Izquierdo.

La década siguiente se inicia con *Monterrey* (1930-1937), que llevaba el subtítulo de *Correo literario de Alfonso Reyes* y era exactamente eso, una carta múltiple de ocho páginas a cuatro columnas, redactada casi exclusivamente por el gran polígrafo, con enorme caudal de información de novedades literarias de todo el mundo occidental. Diecisiete años tenía Octavio Paz cuando fundó *Barandal* (1931-1932), con Rafael López Malo y Raúl Vega, y diecinueve al crear, con Toscano, Alvarado y de nuevo López Malo, *Cuadernos del valle de México* (1933-1934), donde aparecieron balbuceos poéticos de Paz y sus amigos junto con colaboraciones de algunos «Contemporáneos». A Jorge Cuesta se debieron los tres números de *Examen* (1932), publicación decididamente minoritaria que seguía los pasos de la recién desaparecida *Los contemporáneos* pero sufrió una muerte prematura por motivos de censura extraliteraria. Cuesta pasaría a la redacción de *Número* (1933-1935), lanzada por el diplomático Guillermo Jiménez según el criterio de sus gustos y aficiones y con colaboraciones de sus amigos Torri, Reyes, Henríquez Ureña, Cardoza y Aragón, Tablada y otros. Con el utópico proyecto de unificar a los poetas y grupos poéticos mexicanos emprendió Rafael Solana *Taller poético* (1936-1938) donde, junto a los habituales «Contemporáneos», aparecieron entregas de Octavio Paz, Efraín Huerta, Miguel N. Lira, Moreno Villa, etc. Solana mismo trató de prolongar la vida de *Taller poético* con la de título más escueto *Taller* (1938-1941), de la que se presentaba como responsable al lado de Octavio Paz, Efraín Huerta y Alberto Quintero Álvarez, y en la que encontraron ya cobijo muchos exiliados de la República española. La revista de mayor ambición de la época, y desde luego la de existencia más prolongada, fue *Letras de México* (1937-1947), que en sus 134 números, bajo la dirección de Octavio G. Barreda, procuró ofrecer inéditos de poesía y prosa de autores mexicanos, latinoamericanos y exiliados españoles —Prados, Sánchez Barbudo, Salinas, Larrea, Gil-Albert, Herrera Petere, Juan Ramón Jiménez...—, junto a una rigurosa información de novedades literarias y análisis del teatro nacional del que divulgó obras originales de Usigli, Villaurrutia, Celestino Gorostiza, Retes. Nefalí Beltrán retomó la idea de Solana de publicar la obra lírica de representantes de todas las generaciones y todos los grupos de México en *Poesía* (1938), que en sus tres salidas congregó textos vanguardistas, de corte clásico, políticos, intimistas, religiosos y canciones. El mismo año, y con vida editorial que se prolongó hasta el 39, aparece *Ruta*, de José Mancisidor, que se presentaba a sí misma

como gran enemiga del fascismo internacional y defensora de la cultura mexicana desde posiciones de la izquierda marxista; Agustín Yáñez, Revueltas, Pellicer, Alfonso Reyes, Paz y Efraín Huerta fueron sus principales redactores.

La Revista de literatura mexicana (1940) abre la siguiente década; dirigida por el crítico Antonio Castro Leal, se proponía dedicarse exclusivamente a las letras nacionales antiguas y modernas y para ello divulgó textos desconocidos —reprodujo en facsímil, por ejemplo, el *Cancionero general* de Pedro de Trejo— y agrupó a un equipo de estudiosos de la cultura mexicana (Pérez Salazar, Gómez de Orozco, Toussaint, Zavala, Díez-Canedo) que imprimieron un carácter de rigor académico a la publicación. También del año 40, pero viva hasta diciembre de 1942, *Tierra Nueva* combinaba la creación —con suplementos dedicados a las poéticas mexicanas, un largo poema de Octavio Paz o el tema de la efímera rosa en la lírica de nuestra lengua— y la investigación, como correspondía al subtítulo de la publicación, *Revista de letras universitarias*; estuvieron a su cargo González Durán, José Luis Martínez, Alí Chumacero y Leopoldo Zea. Editada, dirigida y en gran medida redactada por mujeres —Carmen Toscano, María Ramona Rey, Pina Juárez Frausto, Emma Sánchez Montealvo, Emma Saro y la refugiada española Ernestina de Champourcin—, *Rueca* (1941-1952) aceptó también colaboraciones masculinas pero es notable la presencia en sus páginas de tantas escritoras de primera fila, aparte de las responsables de la revista: María Zambrano, Julia de Burgos, Gabriela Mistral, Victoria Ocampo, Carmen Conde, Concha Méndez, Susana March, las pintoras María Izquierdo y Frida Kahlo y muchas más. Sin duda la más duradera —sigue editándose en nuestros días aunque la biblioteca del Cervantes ofrece la colección completa hasta 1984— y probablemente la mejor de su estilo de las revistas culturales mexicanas, *Cuadernos americanos* surgió en 1942 del esfuerzo del exiliado español Juan Larrea, que figuraba como secretario, y del rico funcionario Jesús Silva Herzog, que ostentaba el título de director-gerente; durante décadas los *Cuadernos* se estructuraron de forma idéntica en cuatro secciones, Nuestro tiempo, Aventura del pensamiento, Presencia del pasado y Dimensión imaginaria, en las que publicaron las firmas más ilustres de la lengua en el campo de la historia, la sociología, la antropología, la ciencia y las artes y las letras; entre la interminable nómina internacional de redactores figuran Xirau, Alfonso Reyes, León Felipe, Moreno Villa, Neruda, Francisco Ayala, Guillermo de Torre, Max Aub, José Gaos, Usigli, Picón Salas, Luis Alberto Sánchez, Enrique Lafourcade, Martínez Estrada, Josefina Pla, por citar sólo algunos nombres escogidos al azar. Reunión de lo mejor de la literatura mexicana y los mejor del exilio republicano, *El hijo pródigo* (1943-1946), dirigida por Octavio G. Barreda y con Octavio Paz, Antonio Sánchez Barbudo, Alí Chumacero, Xavier Villaurrutia y Celestino Gorostiza en su consejo de redacción, dio a conocer inéditos de todos los grandes del grupo poético del 27 (Salinas, Guillén, Bergamín, Cernuda, Altolaguirre, Prados), de los Contemporáneos y de los pujantes representantes de la generación siguiente, como Octavio Paz que fue uno de los motores intelectuales de la revista, ade-

más de espléndidas ilustraciones de Tamayo, Kahlo, Soriano, Posada, Orozco, Barreda y fotografías de Manuel Álvarez Bravo. En Guadalajara, Jalisco, un joven Juan José Arreola fundó *Eos* (1943), publicación modesta y breve (contó sólo con tres salidas) para la que, sin embargo, consiguió textos originales de Alberti, Anzoategui y José Revueltas. Igualmente jaliscense y también surgida del empeño de Juan José Arreola, en esta ocasión con Antonio Alatorre, como co-editor, *Pan* (1945-1946) ofrece la singularidad de haber publicado tempranamente a Rulfo, además de obras de Chumacero, Rivas Sainz y Juan de Alba.

Asociada al Colegio de México y con Ramón Xirau al frente de la dirección, *Diálogos* (1964-1979) recoge a todos los autores del «boom» latinoamericano, sus acompañantes, precursores y epígonos; Cortázar, Fuentes, Paz, Donoso, Vargas Llosa, García Márquez, Borges, Bioy, Monterroso, Mutis son algunos de los nombres de un índice que acogió también a los sobrevivientes del grupo poético del 27 y del exilio republicano, a los «Contemporáneos» y a los jóvenes de la «onda» mexicana. Entre 1971 y 1976 Octavio Paz dirigió *Plural*, no muy distinta de la anterior, con colaboraciones de los grandes nombres latinoamericanos y tal vez mayor atención a las letras peninsulares, con textos de Benet, Gimferrer, los tres Goytisolo, Gil de Biedma, Julián Ríos, Martínez Sarrión y otros; incluía secciones de crítica literaria y artística y muy bien preparados *dossiers* sobre temas culturales (el surrealismo, la nueva literatura española, las artes plásticas en México, etc.). *Plural* dio paso a *Vuelta* (1977) que continúa editándose hoy y está considerada como una de las grandes (y a menudo más polémicas) revistas de la lengua.

De los otros países centroamericanos y caribeños, Cuba es el que ha tenido una vida editorial más rica y su producción de revistas culturales y literarias ocupa un lugar importante dentro del ámbito hispánico. *Orígenes* (1944-1956) por sí sola constituye un hito entre las publicaciones periódicas de la lengua; dirigida por Lezama Lima, contaba en su equipo de redacción con la plana mayor de las letras cubanas: Eliseo Diego, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Ángel Gaztelu, Eugenio Florit, Gastón Baquero, Dulce María Loynaz, Lydia Cabrera, Piñera, Rodríguez Feo, Novás Calvo y los entonces muy jóvenes Cabrera Infante, Fernández Retamar, Pablo Armando Fernández y Edmundo Desnoes, además de españoles exiliados como Cernuda, Salinas, Altolaguirre, Guillén, Ayala, Zambrano y Juan Ramón Jiménez, cuya colaboración provocó una de las crisis de la revista. Consecuencia, en parte, de esa crisis fue el nacimiento de *Ciclón* (1955-1957) de Rodríguez Feo, que visitaron las firmas de Virgilio Piñera, Cabrera Infante, Dámaso Alonso, Julián Marías, Ayala, Borges, José Bianco, Sarduy, Cortázar, Aleixandre, Jorge Guillén, Bioy Casares, Victoria Ocampo y muchos más. La revolución castrista produjo, en sus primeros años, una verdadera efervescencia cultural que dio lugar a la fundación por Haydée Santamaría de la revista esencial de la Cuba revolucionaria y, durante mucho tiempo, una de las mejores de Latinoamérica en general, *Casa de las Américas* (1960), todavía viva en la actualidad y a cargo de Roberto Fernández Retamar; termómetro de los cambios culturales de la Cuba oficial —y espejo

indirecto de los políticos—, la larga vida de *Casa* recogió el compromiso de los intelectuales de la lengua en los años sesenta y setenta, con artículos de prácticamente todo el «boom» hispanoamericano y de sus colegas españoles de izquierdas y, pese a su ortodoxia, las restricciones ideológicas y la evidente censura, ha mantenido hasta nuestros días un alto nivel informativo sobre la vida cultural del continente. También sobrevive hoy la revista trimestral *Unión*, creada en 1969 por el organismo Unión de escritores y artistas de Cuba, que ha publicado fundamentalmente literatura de creación y ha tratado de dar a conocer y promocionar a los jóvenes escritores de la isla. El mismo carácter oficialista, editada por Casa de las Américas, tuvo *Conjunto* (1975-1990), dedicada al teatro y que difundió a dramaturgos y compañías de toda Latinoamérica desde una óptica siempre de la izquierda ideológica; fundada y dirigida en una primera etapa por Manuel Galich, Magaly Muguercia se hizo cargo de la revista en su período final; *Conjunto* proporcionaba información sobre la vida teatral, emitía críticas y, sobre todo, publicaba completas piezas inéditas que consideraba de interés. La diáspora del exilio cubano ha generado también no sólo un corpus de creación literaria de interés sino además algunas revistas culturales marcadas por sus posiciones políticas, el cubanismo y la nostalgia. Quizás la primera destacable fue la que sus responsables, Víctor Batista Falla y Raimundo Fernández Bonilla, llamaron precisamente *Exilio* (1965-1973) y que se editaba en Nueva York; colaboraron Eugenio Florit, José Olivio Jiménez, Novás Calvo, José Kozler, Lourdes Casal, Gastón Baquero y otros. En Madrid ha aparecido la, por hoy, última revista del exilio cubano, *Encuentro* (1996), que Jesús Díaz dirige con intención expresa de proporcionar un punto de confluencia entre la cultura del interior y la del exilio.

Probablemente la primera gran revista cultural puertorriqueña fue *Asomante* (1944-1970), editada por la Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico y dirigida por Nilita Vientos Gascón, con la escritora Concha Meléndez como segunda de a bordo; la creación literaria y la crítica de novedades ocupaban un espacio relevante en la publicación que concedió una importancia capital al ensayo; frecuentaron sus páginas los mejores escritores de la isla: René Marqués, Luis Rafael Sánchez, Matos Paoli, Agrait, Matilla, Iris Zavala, Cesáreo Rosa Nieves, etc., así como algunos autores latinoamericanos —Fernández Retamar, Alfonso Reyes, Uslar Pietri, Cintio Vitier, Picón Salas— y exiliados españoles de los que destacamos las firmas de Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Concha Zardoya, Salazar Chapelá, Emilio Prados y María Zambrano. El deseo de intervenir en el contenido de la revista por parte de la Asociación que la patrocinaba, desembocó en una crisis que llevó a los tribunales a sus protagonistas, cerró *Asomante* y forzó a su directora a fundar una nueva cabecera que tituló *Sin Nombre* (1970-1984) y mantuvo similar formato y propósitos que la empresa anterior; Jorge Guillén, Arcadio Díaz Quiñones, Magali García Ramos, López Baralt, Ernesto Cardenal, Olga Nolla, Cristina Peri Rossi, Ildefonso Manuel Gil y muchos otros participaron en la buena marcha editorial de la revista. De carácter mucho más académico, pero sin duda

un hito en el ámbito cultural del Caribe hispanohablante, y muy marcada por las colaboraciones de los exiliados españoles republicanos, fue *La Torre. Revista general de la Universidad de Puerto Rico* (1953-1969) que Jaime Benítez dirigió a lo largo de toda su andadura; la filosofía, la historia, la sociología, la crítica literaria tenían cabida en las más de 200 páginas de cada número que incluía siempre amplia información bibliográfica y trabajos de especialistas de primera fila, como Francisco Ayala, Onís, Antonio Espina, Serrano Poncela, Julián Marías, Francisco Romero, Ferrater Mora, Guillermo de Torre y un larguísimo etcétera que incluye a profesores e intelectuales de otras lenguas. Las poetisas y narradoras Rosario Ferré y Olga Nolla se propusieron hacer e *Zona de carga y descarga* (1972-1973) la revista literaria que pusiera en contacto a Puerto Rico con los grandes movimientos culturales latinoamericanos; Severo Sarduy, Vargas Llosa, Cardenal, García Márquez, Lezama Lima, Donoso, Marta Traba, Ramos Otero se encontraron entre los escritores que prestaron su esfuerzo. Consagrada exclusivamente al estudio de la cultura de la isla, desde 1958 hasta nuestros días se publica la *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña* por el organismo del mismo nombre; coordinada por una junta de directores que ha ido cambiando con los años, la revista ofrece secciones de antropología, historia, música, artes plásticas, literatura, arquitectura y teatro. Por último, editada por la Universidad Metropolitana de Río Piedras, y dirigida hasta este mismo año por Olga Nolla, *Cupey*, que nació en 1984 y se caracteriza visualmente por su atractivo diseño y el cuidado de sus ilustraciones, reúne textos de Mayra Montero, Rosario Ferré, Ángeles Mastretta, Rubén González, etc., y un interesante grupo de fotógrafos, artistas gráficos y dibujantes de comics.

Sin duda la revista más recordada de la República Dominicana fue *Cuadernos dominicanos de cultura* (1943-1952) que, a pesar de publicarse durante los durísimos años de la dictadura de Trujillo (quien acabó persiguiendo, exiliando o asesinando a algunos de sus redactores), consiguió en gran medida su propósito de fomentar la cultura nacional y responder algunas cuestiones de la identidad racial, cultural y política del país; en sus 112 salidas acogió trabajos de Pedro Mir, Manuel Cabral, Contín Aybar, Rafael Damirón y otros muchos intelectuales, aparte de artistas plásticos que ilustraron cada número con dibujos originales. Desde 1994 Clodomiro Moquete publica en Santo Domingo *Vetas*, con atención a la actualidad cultural de la República Dominicana y del Caribe en general.

Esta biblioteca conserva también varios números de *El pez y la serpiente*, la revista nicaragüense que el poeta y ensayista Pablo Antonio Cuadra comenzó a dirigir en Managua en 1961 y que ha ofrecido colaboraciones de Cardenal, Coronel Urtecho, Sergio Ramírez, Gioconda Belli y otros. Y los números correspondientes a 1970 y 1971 de la salvadoreña *La Universidad*, bajo la dirección sucesiva de López Vallecillos, José Roberto Cea y Manlio Argueta.

Para muchos críticos la revista venezolana *El cojo ilustrado* (1892-1915) constituyó el principal medio de difusión del modernismo en Latinoamérica; dirigida por Manuel Revenga durante sus dos primeros años de existencia y el

resto de su andadura por Herrera Irigoyen, que modernizó su presentación gráfica hasta hacerla comparable a las mejores publicaciones de su estilo en Europa, abrió sus páginas a las figuras más notables de la literatura de la época, tanto de Hispanoamérica —Rubén Darío, sin ir más lejos, pero también Nervo, la Matto de Turner, Martí, Rodó, Díaz Mirón, Santos Chocano, Jaimes Freyre, Lugones— como de España, baste mencionar a Unamuno, Blasco Ibáñez, Azorín o Juan Ramón Jiménez; con predominio de lo literario, la revista no se cerró a la información científica, musical (fue una de las primeras defensoras de Wagner en el continente) y política. Un curioso intento venezolano de unir a escritores de la península con sus colegas hispanoamericanos fue *Bolívar* (1930-1931), que se editaba en Madrid con la voluntad de presentar «información quincenal de la vida hispanoamericana»; defensora de la democracia y de tendencia izquierdista (a pesar de salir a la luz durante la dictadura de Primo de Rivera, cuya censura molestó poco a los responsables de su edición), su impresionante lista de colaboradores integra a los peruanos César Vallejo, Martín Adán, Xavier Abril y Mariátegui, y a Neruda, la Storni, José Ingenieros, Borges, Jarnés, Unamuno, Julio Camba, Alberti y otros. Mencionaremos que esta biblioteca ha incorporado a su colección varias revistas venezolanas en activo: *Tierra nueva*, *Tierra firme*, *Nueva sociedad*, *Revista nacional de cultura*, y las dedicadas al mundo de la imagen *Cámara* y *Encuadre*. Y aunque se aparta de los márgenes de esta presentación, queremos recordar que el usuario puede consultar *La gaceta de Caracas* (1808-1922), *Gazeta*, en el original, el primero periódico de Venezuela, en la edición facsímil preparada por el español exiliado republicano Pedro Grases; fuente valiosísima de información histórica durante años trascendentales para la América española, contó nada menos que con la energía, la sabiduría y el talento de Andrés Bello, su primer redactor, y en sus páginas se expresó el ideario que transformaría la vida política del continente.

En Colombia la *Revista de las Indias* (1935-1950), continuadora de *Senderos*, que se fundó dos años antes, cumplió la misión que en México desempeñó *Cuadernos americanos*, o sea, fue un punto de encuentro entre los movimientos culturales de toda Latinoamérica, con fuerte incidencia de los exiliados republicanos españoles; publicada por el Ministerio de Educación y con varios directores a lo largo de su historia —aunque sería Germán Arciniegas quien le imprimiría su estructura esencial—, *Revista de las Indias* prestó espacio a textos de, entre muchos otros, Alfonso Reyes, Martín Adán, Macedonio Fernández, Gómez Valderrama, Cardoza y Aragón, Xavier Abril, Arturo Capdevila, Eduardo Mallea, y los españoles Alberti, Gómez de la Serna Sender, Díez Canedo, etc. Una década más tarde apareció *Eco* (1960-1983), de la que esta biblioteca posee los números de los últimos diez años; impulsada por Cobo Borda, difundió, desde planteamientos políticos de izquierdas, lo mejor de las letras colombianas —Mutis, Buenaventura, Charry Lara, García Márquez— con colaboraciones esenciales de autores de toda la América española, como Lezama Lima, Marta Traba, Skármeta, Guillermo Sucre, García Ponce, Vargas

Llosa, por citar solo a unos cuantos. *Razón y fábula* (1969-1972) editada por la (Universidad de los Andes de Bogotá y dirigida hasta el número 26 por el poeta Andrés Holguín, dedicaba igual espacio a las ciencias sociales que al ensayo literario y a la creación poética inédita; Francisco Ayala, Julio Ortega, Germán Prado García, Félix Grande, Cobo Borda, Salazar Bondy fueron algunos de sus colaboradores.

Emilio Adolfo Westphalen creó *Las moradas* (1947-1949) en Perú, defensora y teórica del surrealismo, con secciones dedicadas a la creación literaria y a las artes plásticas, fotografía y arquitectura, cuyas manifestaciones se reflejaban en excelentes reproducciones en blanco y negro. Con «predilección por el campo poético, histórico y filológico» fundó Aurelio Miró Quesada en Lima la revista *Mar del Sur* (1948-1953) a la que prestaron sus talentos José María Arguedas, Eielson, Martín Adán, León Herrera, Basadre, Blanca Varela, Washington Delgado, Corpus Barga y Dámaso Alonso, entre otros muchos intelectuales y poetas. En los años sesenta vio la luz *Amaru* (1967-1968), lanzada por la Universidad Nacional de Ingeniería de Lima y dirigida por Westphalen con un equipo que incluía a Abelardo Oquendo y Blanca Varela y tuvo entre sus colaboradores a grandes figuras de la cultura latinoamericana: Vargas Llosa, Mutis, Antonio Cisneros, Salazar Bondy, Sologuren, Nicanor Parra, Arguedas, García Ponce, Fuentes, Roa Bastos, Bryce Echenique, etc.; aunque se presentaba como «revista de artes y ciencias» su vocación fue siempre más literaria que científica. En 1979 nace, como un homenaje al famoso verso de Vallejo, *Hueso húmero* que sus directores Mirko Lauer y Abelardo Oquendo han mantenido hasta nuestros días como publicación trimestral peruana dedicada a las artes y las letras. Del país vecino, Bolivia, la biblioteca del Cervantes ofrece a sus usuarios las décadas de los ochenta y noventa de *Signo*, iniciada en 1956 por la Sociedad Boliviana de la Historia bajo la dirección de Juan Quirós que se mantuvo en el cargo hasta 1991, y que todavía hoy sigue dando a la luz estudios sobre la historia, la literatura, el folklore, el cine, la filosofía y la música de Bolivia, además de una sección de creación poética y narrativa, reseñas de libros bolivianos y atención a las manifestaciones culturales del resto de Latinoamérica. Al sur, en Chile, en 1924 surgió *Atenea*, la revista cultural más antigua en activo de la América hispana; publicada desde entonces por la Universidad de Concepción y dirigida durante sus primeras décadas por una comisión en la que destacaba la presencia de Enrique Molina, Eduardo Barrios y Silva Castro, *Atenea* trataba de «dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de los demás países del mundo»; a lo largo de sus más de cincuenta años de vida —de los que esta biblioteca conserva la colección desde 1929 hasta 1956—, han pasado por sus páginas las firmas más ilustres de Chile y en general de la cultura de la lengua española.

Muy poco conocida, pero excelente tanto en contenidos como en presentación, es la revista uruguaya *Escritura* (1947-1950) que dirigían Julio Bayce, Carlos Maggi y Hugo Balzo, con el impulso en la sombra del español José Ber-

gamín; contenía secciones dedicadas a las artes plásticas, con grabados e ilustraciones de calidad fuera de lo común, así como de cine, y por supuesto crítica literaria e inéditos de narrativa y poesía; en sus nueve apariciones dio a conocer textos de Rafael Dieste, Guillermo de Torre, Zum Felde, Alberti, Borges, Carlos Rama, Gironde, Felisberto Hernández y muchos otros, aparte de Bergamín que publicó en todos sus números.

Argentina es, junto con México, el país hispano de mayor producción de revistas culturales. El Instituto Cervantes tiene la colección completa de *La biblioteca* (1896-1898) que Paul Groussac creó como órgano literario de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires durante la etapa en que fue, como Lugones y Borges posteriormente, su director; en esta espléndida publicación vio la luz el célebre «Coloquio de centauros» de Rubén Darío, que fue colaborador de la revista, igual que Rafael Obligado, Bartolomé Mitre, Miguel Cané, Leopoldo Lugones (que dio a conocer «La guerra gaucha» en sus páginas) y Domingo Sarmiento. Otro tesoro, pues son escasísimas las colecciones completas de la revista, es *Nosotros* en su primera época (1907-1934), fundada y dirigida en este período por Roberto Giusti y Alfredo Bianchi; asociada a los intelectuales radicales de la Argentina —de extracción inmigrante en la mayoría de los casos—, *Nosotros*, que dará lugar a dos de las más famosas tertulias literarias bonaerenses, defenderá la democracia en política y el realismo en literatura (aunque en sus últimos años sumará su entusiasmo a las vanguardias); la filosofía, la literatura, la lingüística, las artes plásticas, la música y la política, además de interesantísimos ensayos sobre cine y, curiosamente, aeronáutica, constituyeron los grandes temas de la revista por la que pasaron varias generaciones de escritores, desde Darío y Lugones a los hermanos Machado, Alberti, Pedro Salinas y Oliverio Gironde, desde Ortega Munilla a su hijo Ortega y Gasset, desde Sarmiento a Borges y Mújica Laínez, desde Pérez Galdós a Unamuno y Gabriel Miró.

En los años veinte destacan, en primer lugar, *Proa* (1922 y 1924-25) y *Martín Fierro* (1924-1927), que compartían el deseo de modernidad y de vanguardia con cierta fidelidad a valores estrictamente nacionales; *Proa* estuvo fundada y dirigida por Borges, su hermana Norah y Macedonio Fernández, entre otros, y en la etapa que comienza en 1924 de nuevo por Borges, Brandán Caraffa, Güiraldes y Rojas Paz (señalemos que la revista conoce desde 1994 una tercera época, bajo dirección de Roberto Alifano, que se encuentra asimismo a disposición de nuestros usuarios); por su parte, *Martín Fierro*, de formato mucho mayor y que utilizaba por tercera vez el nombre del famoso poema de Hernández como título de una publicación periódica, recibía el impulso, no sólo literario sino también económico y empresarial, de Oliverio Gironde, y se presentaba muy combativamente —su primer número incluyó, *comme il faut*, un manifiesto— a favor de la modernidad en las letras y en la política (la revista realizó campaña, por ejemplo, a favor de Unamuno cuando Primo de Rivera exilió al escritor vasco); Borges y Macedonio Fernández, Güiraldes y Olivari, Marechal y Giménez Caballero, Gerardo Diego y Jorge

Guillén fueron algunos de los autores que colaboraron en una revista que prestó atención muy especial a la pintura y reprodujo, estudió y divulgó tempranamente la obra de pintores como Dalí, Pedro Figari, o Norah Borges. Poco más tarde, y en parte inspirada por *Revista de Occidente*, surgió *Síntesis* (1927-1930), dirigida por Xavier Bóveda en su primera mitad y por Martín Noel en la segunda y con la aspiración de «resumir toda manifestación artística, intelectual o científica de los pueblos de habla castellana»; contó desde su primera aparición con la presencia fundamental de Borges y otros colaboradores fueron Cansinos Asséns, Giménez Caballero, Arconada, Arturo Capdevila, Petit de Murat, Mastronardi, Ramón Gómez de la Serna.

Carácter mítico para muchos lectores alcanzó *Sur* (1931-1986), de Victoria Ocampo, que, con la ayuda de varios escritores que ocuparon el cargo de secretaria de la revista, pero en especial de José Bianco, representó en Argentina la mentalidad cosmopolita, de alto nivel intelectual y buenos contactos con el mundo artístico y literario europeo y norteamericano, al mismo tiempo que se ubicaba políticamente a favor de la república española y en contra del fascismo, y, en el terreno nacional, en las filas del antiperonismo; en *Sur* colaboraron los grandes mandarines de la cultura occidental —Sartre, T. S. Eliot, Valery, la Beauvoir, Camus, Faulkner, Huxley—, los españoles del exilio y muchos de los protagonistas de las letras argentinas y latinoamericanas, desde Borges a Alfonso Reyes, desde Sábato a Octavio Paz. La importancia del cine queda reflejada en la lujosa *Cinegraf* (1932-1935), revista de carácter frívolo y más preocupada por la presentación de buenos fotogramas de las estrellas que de un análisis de la pantalla contemporánea, pero, por otra parte, indispensable para conocer la repercusión de Hollywood en el imaginario sentimental argentino y, por extensión, hispanoamericano. Muy distinta fue *Agonía* (1939-1944) que se declaraba hija espiritual de Unamuno y defendía «el individualismo y la interioridad frente al rebaño», lo que no le impidió tomar postura en contra del Eje y acoger a los huidos del franquismo; con la singularidad, y la pedantería, de publicar ensayos en alemán, francés, inglés e italiano —sin traducción—, su director Miguel Alfredo Olivera dio cabida en su revista a crítica de cine (alguna crónica firmada sorprendentemente por Henry Miller), de teatro y radio, y aceptó colaboraciones literarias de Neruda, Amado Alonso, Blanco Amor, Cernuda, Torres Bodet, Jorge Guillén, Alberti, Américo Castro y Juan Rodolfo Wilcock.

La generación del 50, particularmente sus poetas, tuvieron su órgano de expresión en *Poesía Buenos Aires* (1950-1960), de gran formato hasta el número 20 en 1955 y tamaño de bolsillo durante sus últimos cinco años, y siempre bajo la responsabilidad de Raúl Gustavo Aguirre y diversos co-directores; la revista realizó una considerable labor de difusión de la poesía contemporánea en otras lenguas, con versiones habitualmente impecables de poetas franceses, británicos y norteamericanos, portugueses y brasileños, italianos y griegos (publicaron a Elytis muchos antes de que el Premio Nobel lo diera a conocer fuera del ámbito helénico); Urondo, Trejo, Rubén Vela, Vanasco,

Fernández Moreno, Neruda, Larrea se encontraron entre sus firmas de lengua española.

El *boom* de la novela latinoamericana, sus análisis y las identidades políticas que lo acompañaron estuvieron reflejados en *Nuevos aires* (1970-1973), dirigida por Vicente Battista y Gerardo Mario Goloboff y con colaboraciones de Ángel Rama, Vargas Llosa, Juan Rulfo, Mario Benedetti, Borges, Marechal, Cortázar, Manuel Puis, Davis Viñas y el español Fernando Quiñones, entre otros. Eduardo Galeano impulsó *Crisis* (1973-1976), todavía más comprometida con la ideología revolucionaria que la anterior e igualmente con colaboraciones de los narradores y poetas latinoamericanos de aquel gran momento literario: Onetti, Gelman, Fernández Retamar, Skármeta, Droguett, Haroldo Conti, Moyano, Bioy Casares, el cineasta chileno Littin, y muchos de los citados a propósito de *Nuevos aires*. En la biblioteca se reciben periódicamente varias revistas culturales argentinas —se mencionó más arriba *Proa*—, entre las que destacamos *Diario de poesía*, de la que el Cervantes ofrece la colección completa desde su inicio en 1986, y *El jabalí* que data de 1993.

La enumeración de revistas hispánicas estaría incompleta si no mencionamos aquellas editadas, por diversos motivos, fuera de la geografía de la lengua. De las muchas catalogadas en esta biblioteca destacamos *Cuadernos* (1950-1964), fundada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura, dirigida en París por Julián Gorkin con Ignacio Iglesias como redactor jefe, y un equipo de colaboradores que en un momento contó con Germán Arciniegas, Américo Castro, Rómulo Gallegos, Madariaga, Picón Salas, Serrano Poncela, Sender, Ferrater Mora, Zambrano, Julián Marías y una extensísima nómina de intelectuales de España y Latinoamérica, amén de otras figuras de la cultura occidental como Huxley, Nabokov, Sartre, etc. También se editaron en París, *Mundo nuevo* (1966-1971), bajo control de Rodríguez Monegal y Tomás Segovia, que reunieron algunas de las grandes firmas latinoamericanas del momento; y el fascinante y fallido experimento de *Libre* (1971-1972), que en sus cuatro salidas —dirigidas por Juan Goytisolo, Jorge Semprún, el dúo Teodoro Patkoff y Adriano González de León, y Mario Vargas Llosa, respectivamente—, congregó a prácticamente toda la izquierda intelectual de la lengua con prestigio internacional. En Estados Unidos cabría señalar *Nueva narrativa hispanoamericana* (1971-1974), de la Universidad de Adelphi, y dedicación expresa en el título, e *Hispanamérica* (1972-1975) del profesor Saúl Sosnowski. A estas hay que añadir las numerosas que siguen editándose hoy en día, empezando por las muy veteranas *Revista Iberoamericana* (1939) del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de Pittsburgh (EEUU) y *Cuadernos Hispanoamericanos* (1948) del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, más las editadas por departamentos universitarios norteamericanos, entre las que citaremos la *Revista hispánica moderna*, de Columbia University en Nueva York, *Latin American Theatre Review*, de la Universidad de Kansas y *Hispanic Review* de la Universidad de Pennsylvania.